

Julian Barnes

Amor, etcétera



Diez años atrás, Barnes revolucionó la forma de narrar un triángulo amoroso con la publicación de la novela coral *Hablando del asunto*. Allí, sin otro recurso que el de la recitación de fidelidades e infidelidades, dos hombres y una mujer intentaban explicarnos y explicarse a ellos mismos ciertas emociones peligrosas y la delgada línea que separa la pasión de la amistad. Una década más tarde, Stuart ya no es el cornudo desconcertado, Oliver ha dejado de ser la joven promesa artística con ganas de dinamitar parejas y Gillian sigue pensando si habrá hecho lo correcto a la hora de hacer lo incorrecto. Así es: continúan hablando del mismo asunto pero ahora tal vez mucho más preocupados por la permanencia del etcétera que por la fugacidad del amor. Comedia de costumbres tan tierna como feroz, *Amor, etcétera* es una historia que reconcilia en un mismo libro la pérfida elegancia de Jane Austen con la potencia neurótica de Woody Allen. O viceversa.

A Pat

1. ME ACUERDO DE TI

Stuart ¡Hola!

Nos conocemos. Stuart. Stuart Hughes.

Sí, estoy *seguro*. Segurísimo. Hará unos diez años.

Está bien; sucede. No hace falta que finjas. Pero lo cierto es que me acuerdo de *ti*. Yo *sí* me acuerdo de ti. Difícil que olvidara, ¿no? Un poco más de diez años, ahora que lo pienso.

Bueno, he cambiado. Claro. Para empezar, tengo el pelo canoso. Ya ni siquiera puedo decir entrecano, ¿eh?

Ah, y por cierto, *tú* también has cambiado. Probablemente piensas que estás casi igual que entonces. Pues no, créeme.

Oliver ¿Qué es ese gorjeo amigable en el catre de pajeo que hay al lado, ese resoplar y piafar que se oye en el establo acolchado? ¿Podría ser mi caro y viejo —viejo en el sentido de antiguo— amigo Stuart?

«Me acuerdo de ti.» Qué típico de Stuart. Es de un estilo tan viejo, tan anticuado, que le gustan esas canciones horteras que en realidad son más antiguas que él. Quiero decir que una cosa es estar colgado de música barata, sincrónica con la hinchazón primaria de tus órganos libidinosos, ya sea Randy Newman o Luigi Nono. Pero estar colgado de las tonadillas pegadizas de una generación anterior,

eso es tan propio, tan conmovedoramente propio de Stuart, ¿no crees?

Deja esa expresión perpleja. Frank Ifield. «Me acuerdo de ti.» O, mejor dicho, Me acuerdooo, / tú eres en mis recuerdos / el que hizo realidad mis sueños. ¿Sí? 1962. ¿Aquel australiano que cantaba en falsete con el sobretodo de piel de borrego? En efecto. El mismísimo. Y qué paradoja sociológica tuvo que haber sido. Sin ánimo de faltar, por supuesto, a nuestros bronceados primos de Bondi.^[1] En la reverencia adulatora que hace el mundo ante cada subgrupo cultural, no digamos que tengo algo *per se* en contra de un cantante australiano. Tú podrías ser uno. Si te pinchan, ¿no cantas en falsete? En cuyo caso, yo te dedicaría una mirada franca y te estrecharía la mano sin discriminarte. Te admitiría en la hermandad humana. Así como al jugador de críquet suizo.

Y si, por algún feliz antojo, eres de verdad un jugador de críquet suizo, un producto derivado del Oberland de Berna, entonces permíteme que te diga, simplemente: 1962 fue justo el año de la primera revolución de los Beatles a cuarenta y cinco revoluciones por minuto, y Stuart canta Frank Ifield. A las pruebas me remito.

A todo esto, soy Oliver. Sí, ya sé que lo sabes. He visto que te acordabas de *mí*.

Gillian Gillian. Puede que me recuerdes o puede que no. ¿Algún problema al respecto?

Lo que tienes que entender es que Stuart quiere gustarte, necesita gustarte, mientras que Oliver tiene una cierta dificultad en imaginar que no te gusta. Me estás mirando con una expresión escéptica. Pero lo cierto es que a lo largo de los años he visto a gente cogerle manía a Oliver y caer bajo su hechizo casi al mismo tiempo. Claro que ha habido excepciones. Pero estás avisado.

¿Y yo? Bueno, preferiría gustarte a lo contrario, pero es normal, ¿no? Depende de quién seas, por supuesto.

Stuart No me refería para nada a la canción.

Gillian Mira, en realidad no tengo tiempo. Hoy Sophie tiene clase de música. Pero siempre he considerado que Stuart y Oliver eran polos opuestos de algo..., en lo relativo a madurar, quizá. Stuart creía que hacerse mayor consistía en integrarse, en gustar a la gente, en convertirse en un miembro de la sociedad. Oliver no tenía ese problema, siempre ha tenido más confianza en sí mismo. ¿Cómo se llaman esas plantas que giran siguiendo al sol? Helionosequé. Así era Stuart. Mientras que Oliver...

Oliver ... era *le roi soleil*, ¿verdad? El piropo conyugal más bonito que me ha hecho en tiempo. Me han llamado algunas cosas en esta brizna sublunar que lleva el nombre de vida, pero Rey Sol es algo nuevo. Febos. Fo-Fe-Fo-Fumbus...

Gillian ... *trópico*. Heliotrópico, es la palabra.

Oliver ¿Has notado ese cambio en Gillian? ¿La manera en que clasifica a la gente en categorías? Probablemente es su sangre francesa. Es medio francesa, ¿te acuerdas? Por parte de madre: eso debería significar, lógicamente, que tiene una cuarta parte de sangre francesa, ¿no crees? Pero, como han advertido todos los grandes moralistas y filósofos, ¿qué tiene que ver la lógica con la vida?

Ahora bien, si Stuart hubiera sido medio francés, en 1962 habría estado silbando la versión gala que hizo Johnny Hallyday de «Let's Twist Again». Vaya idea, ¿eh? Un *pensée* mordaz. Hallyday era medio belga. Por parte de padre.

Stuart En 1962 yo tenía cuatro años. Lo digo para que conste.

Gillian En realidad, no creo que yo clasifique a la gente en categorías. Es sólo que si hay dos personas a las que conozco bien, son Stuart y Oliver. Después de todo, he estado casada con los dos.

Stuart Lógico. ¿Ha empleado alguien la palabra? Ya os daré yo lógica. ¡Te vas y la gente piensa que sigues siendo el mismo! Es el peor ejemplo de lógica que he visto en años.

Oliver No desprecies a *les belges*, a todo esto. Cuando uno de esos patriotas desenfadados se levanta de la mesa y dice: «Díganme seis belgas famosos», yo soy el que levanta la mano. Sin que me arredre lo de: «Aparte de Simeon.»

Puede que no tenga nada que ver con el hecho de que Gillian sea francesa. Podría ser la edad. Un proceso que les acontece a algunos, aunque no necesariamente nos ocurre a todos. Con Gill el tren está llegando a la estación más o menos a tiempo, con el vapor que activa su amado silbato y la caldera un poco caliente y desganada. Pero pregúntate cuándo se convirtió en adulto Stuart y el único campo de debate es si fue antes o después de que le bajaran los tes-

títulos. ¿Has visto esa foto suya en el cochecito, con un conjunto de tres piezas y pañales de raya diplomática?

¿Y Oliver? Oliver decidió hace mucho —no, sabía instintivamente— que la edad madura era un estado indigno, *déclassé* y, por lo general, una minusvalía. Oliver planea reducir la madurez a una única tarde tumbado en la cama con migraña. Cree en la juventud y cree en la sabiduría, y se propone pasar de la juventud lúcida a la lucidez joven con ayuda de un puñado de paracetamol y un antifaz de alguna exótica compañía aérea.

Stuart Alguien señaló una vez que se reconoce a un egomaniaco absoluto por el modo en que habla de sí mismo en tercera persona. Ni la realeza utiliza ya el plural majestático. Pero hay deportistas y estrellas del rock que hablan así de sí mismos, como si fuese normal. ¿Lo has notado? A Bobby tal-y-cual le acusan de engaño, de trampear un penalti o cosas así, y él contesta: «No, Bobby tal-y-cual no haría semejante cosa.» Como si fuese un personaje distinto, y que se llama igual, el que recibe las críticas o asume la responsabilidad.

Lo cual, por cierto, no es el caso de Oliver. No se podría decir exactamente que sea famoso, ¿eh? Pero habla de sí mismo como «Oliver», como si hubiese ganado una medalla de oro olímpica. O como un esquizofrénico, supongo.

Oliver ¿Qué opináis de la reestructuración de la deuda norte-sur? ¿De las perspectivas futuras del euro? ¿De la sonrisa en la cara de las economías asiáticas? ¿Han exorcizado los mercaderes del metal el fantasma del miedo al colapso? Estoy seguro de que Stuart tiene opiniones sólidas y robustas sobre estas materias. No será tan grave como ciertamente grávido. Te apuesto seis belgas famosos a que no conoce la diferencia entre las dos palabras. Es la clase de

persona que espera que la palabra *grávido* vaya seguida de *laxo*, besugo que es. Un dechado de probidad, y todo eso. ¿Pero no le falta, digamos, una pizca de ironía?

Gillian Oye, parad el carro los dos. Ya basta. Esto no marcha.

¿Qué impresión creéis que estáis dando?

Oliver ¿Qué te había dicho? El tren está llegando a la estación, chu chu, paf paf...

Gillian Si empezamos otra vez con eso, hay que jugar respetando las reglas. No hablando entre nosotros. De todos modos, ¿quién va a llevar a Sophie a la clase de música?

Oliver Gillian, por si no lo sabes, es una representante honoraria de «los cabalistas».

Stuart ¿Te gusta el cerdo? ¿El de verdad, el que sabe a cerdo? ¿Eres o no partidario de la modificación genética?

Oliver ¿Seis, aparte de Simenon? Está tirado. Magritte, César Frank, Maeterlinck, Jacques Brel, Delvaux y Hergé, creador de Tintín. Más cincuenta por ciento de Johnny Halliday, añadido de *pourboire*.

Gillian ¡Basta! Sois a cual peor. Nadie sabe de qué estáis hablando. Escuchad, creo que habría que explicar cosas.

Stuart A cual peor. Eso está por ver, creo. En las circunstancias actuales.

Muy bien, me gustaría explicar algo. Frank Ifield, en realidad, no era australiano. Puede que viviese allí, pero nació en Inglaterra. En Coventry, para que lo sepáis. Además, ya que hablamos del tema, «I Remember You»,^[2] para ser exactos, era una canción de Johnny Mercer escrita veinte años antes. ¿Por qué los esnobs de la cultura desprecian siempre las cosas que ignoran por completo?

Oliver ¿Explicar cosas? ¿No podemos dejarlo hasta que lleguemos al *Dies Irae*, hasta que un pandemónium con una polla de hidra nos azuce con su varilla de medir el aceite y un lagarto con cabeza de murciélago nos enrolle las tripas sobre un cabrestante? ¿Explicar cosas? ¿De verdad crees que debemos? Esto no es un programa de televisión diurno, y mucho menos el senado romano. Oh, muy bien, vale. Yo empiezo.

Stuart No veo por qué debe empezar él. Es absolutamente típico de Oliver. Además, toda la gente del marketing sabe que la primera historia es siempre la que se queda grabada en la mente.

Oliver Pido prime. Prime, prime, *prime*.

Gillian Oliver, tienes cuarenta y dos años. No puedes decir «prime».

Oliver Pues no me sonrías así. Prime. Prime, prime, prime y más prime. Anda, ríete. Sé que quieres. Por favor. Porfa.

Stuart Si no hay alternativa, prefiero ser un hombre maduro. Oficial u oficiosamente.

Oliver ¡Ah, el márketing! Mi eterno talón de Aquiles. Muy bien, Stuart puede empezar si quiere, tanteando la primera curva con el bastón de la verdad en la mano. ¡Que no se te caiga, bebé Stu! Y no te salgas de tu carril. No querrás que nos descalifiquen a todos. No tan pronto.

Me da igual que empiece él. Sólo pido una cosa, no por egomanía, interés personal o márketing, sino por decoro, por arte y por un horror general a lo vulgar. Por favor, no llames al siguiente extracto «La historia hasta ahora». No, por favor. Por favor. ¿Porfa?

2. LA HISTORIA HASTA AHORA

Stuart Creo que no voy a ser muy bueno en esto. Quizá me equivoque en el orden de las cosas. Te pido paciencia. Pero pienso que es mejor que oigas mi historia primero.

Oliver y yo fuimos al colegio juntos. Éramos amigos íntimos. Luego yo empecé a trabajar en un banco. Él enseñaba inglés a extranjeros. Gillian y yo nos conocimos. Ella restauraba cuadros. Bueno, todavía lo hace. Nos conocimos, nos enamoramos y nos casamos. Cometí el error de pensar que era el final de la historia, cuando no era más que el principio. Supongo que es un error que cantidad de gente comete. Hemos visto demasiadas películas, leído demasiados libros, creído demasiado a nuestros padres. Todo eso ocurrió hace unos diez años, cuando teníamos poco más de treinta. Ahora tenemos... No, ya veo que tú puedes calcularlo.

Oliver me robó a Gillian. Quería mi vida y la tomó. Sedujo a Gill. ¿Cómo? No quiero saberlo. Creo que nunca he querido saberlo. Durante un tiempo, cuando sospechaba que había algo entre ellos, me obsesionaba pensar en si follaban o no. Te pedí que me lo dijeras: ¿te acuerdas? Te lo supliqué: Follan, ¿verdad?, recuerdo que pregunté. Tú no respondiste y ahora te lo agradezco.

Estaba un poco desquiciado en aquel entonces. Bueno, es razonable, totalmente comprensible, ¿no? Le di un cabezazo a Oliver y prácticamente le rompí la nariz. Y cuando se casaron irrumpí en la fiesta y armé un pequeño escándalo.

Luego me fui a los Estados Unidos. Pedí un traslado en el banco. A Washington. Lo más curioso es que la persona con quien mantuve contacto fue madame Wyatt. Es la madre de Gillian. Fue la única que se puso de mi parte. Nos carteábamos.

Al cabo de un tiempo fui a verles a Francia. O, mejor dicho, les vi pero no me vieron. Fue cuando llegaron a las manos en medio del pueblo y Oliver la abofeteó mientras todos fingían no estar presenciando la escena desde las ventanas. Yo incluido. Estaba en el hotel de enfrente.

Después volví a Norteamérica. No sé qué esperaba encontrar cuando fui a verles, y no sé lo que encontré, pero no me ayudó en nada. ¿Empeoró las cosas? En cualquier caso no las mejoró. Creo que fue la niña lo que me hizo polvo. Sin ella podría haber sacado algo en limpio.

No recuerdo si te lo dije entonces, pero cuando mi matrimonio se deshizo empecé a pagar a cambio de sexo. No me avergüenza especialmente. Otros deberían avergonzarse del modo en que me trataron. Las prostitutas llaman «negocio» a su trabajo. «¿De negocios?», solían preguntar. No sé si lo dicen todavía. Ahora estoy fuera de ese mundo.

Pero lo que quiero decir es lo siguiente. Yo hacía negocios de trabajo y negocios de placer. Y conocía muy bien esos dos mundos. La gente que no conoce ninguno de los dos cree que son un combate sin cuartel. Que el hombre del traje gris viene a timarte, y que la furcia demasiado perfumada resultará ser un transexual brasileño en cuanto le enseñes tu tarjeta de crédito. Bueno, puedo decirte esto: en general, recibes tanto como pagas. En general, la gente hace lo que dice que va a hacer. En general, el trato se cumple. En general, se puede confiar en la gente. No quiero decir que dejes la cartera abierta encima de la mesa. No me refiero a que des un cheque en blanco y vuelvas la espalda en el mal momento. Pero sabes dónde estás. En general.

No, la verdadera traición se da entre amigos, entre los seres queridos. La amistad y el amor sirven para que la gente se comporte mejor, ¿no? Pero ésa no ha sido mi experiencia. La confianza lleva a la traición. Hasta se puede decir que la confianza la propicia. Es lo que vi, lo que aprendí entonces. Hasta aquí, mi historia.

Oliver Me estaba adormilando, lo confieso. *Et tu?* Oh, narcoléptico y esteatopigio Stuart, el del entendimiento crepuscular y el *Weltanschauung* fabricado con piezas de Lego. Oye, por favor, ¿no podemos adoptar una perspectiva más amplia? Chou-en-lai, mi héroe. O Zhou-en-lai, como se le llamó más tarde. ¿Qué efecto opina que causó la revolución francesa sobre la historia del mundo? A lo cual este hombre sabio respondió: «Es demasiado pronto para decirlo.»

O, si no una visión tan olímpica o confucionista, adoptemos por lo menos cierta distancia, cierto sombreado, unas audaces yuxtaposiciones de pigmento, ¿vale? ¿No hemos escrito los tres sobre la marcha la novela de nuestra vida? Pero qué pocas, ay, son publicables. ¡Mira qué alta y sensiblera es la pila! No nos llame, nosotros le llamaremos..., no, pensándolo bien, tampoco le llamaremos.

Ahora bien, no precipites el juicio sobre Oliver; ya te he prevenido a ese respecto. Oliver no es un esnob. Al menos, no en el sentido más simple. El problema no es el tema de esas novelas o la posición local de sus protagonistas. «La historia de un piojo puede ser tan bonita como la historia de Alejandro Magno; todo depende de su ejecución.» Una fórmula diamantina, ¿no te parece? Lo que se necesita es un sentido de la forma, control, discriminación, selección, omisión, retoque, énfasis..., esa sucia palabra de cuatro letras: arte. La historia de nuestra vida no es nunca una autobiografía, es siempre una novela: es el primer error que la gente comete. Nuestros recuerdos son sólo otro artificio:

vamos, admítelo. Y el segundo error consiste en presumir que esa trabajosa conmemoración de detalles previamente festejados, por muy vistosa que pueda parecer en un bar, constituye un relato que es probable que atraiga al, en ocasiones, necesariamente encallecido lector. De cuyos labios brota, con razón, la pregunta perpetua: ¿Por qué me cuentas esto? Si es por terapia de autor, entonces no esperes que el lector sufrague los honorarios del psiquiatra. Lo cual es una manera cortés de decir que la novela de la vida de Stuart es, francamente, impublicable. Le concedí la prueba del primer capítulo, que normalmente basta. A veces dedico también una risita a la última página, sólo para confirmar mi veredicto, pero en el caso presente no podría. No me consideres severo. O si lo haces, reconoce que mi severidad es acertada.

Al grano. Toda historia de amor comienza con un crimen. ¿De acuerdo? ¿Cuántas *grandes passions* prenden entre corazones inocentes, no enredados en ningún otro embrollo? Sólo en los idilios medievales o en la imaginación infantil. Pero ¿entre adultos? Y, como Stuart, la ciclopedía de bolsillo, ha querido recordarte, por entonces todos rondábamos los treinta años. Todo el mundo tiene a alguien, o a un pedazo de alguien, o la expectativa o el recuerdo de alguien, a quien o a lo que desecha o traiciona en cuanto conoce a fulano, mengana o, en este caso, a la tía Guay. ¿No es cierto lo que digo? Por supuesto que tachamos del papel nuestra perfidia, expiamos nuestra deslealtad y, retrospectivamente, hacemos *tabula rasa* del corazón al que luego se le censura la gran historia de amor; pero todo eso son chorradas, ¿no?

Y si, por consiguiente, somos todos delincuentes, ¿quién de nosotros condenará al otro? ¿Es mi caso más conspicuo que el tuyo? Yo estaba liado, cuando conocí a Gillian, con una *señorita*^[3] del país de Lope que se llamaba Rosa. Un rollo insatisfactorio, pero yo mismo lo decía, ¿no? Stuart, sin duda, estaba enrollado con fantasías de clase de